

Los campos de exterminio de la desigualdad

Sección de Obras de Sociología

Göran Therborn

**Los campos
de exterminio de
la desigualdad**



Primera edición en inglés, 2013
Primera edición en español, 2015

Therborn, Göran

Los campos de exterminio de la desigualdad. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2015.
206 p. ; 21x14 cm. - (Sociología)

Traducido por: Lilia Mosconi
ISBN 978-987-719-067-0

1. Sociología. I. Mosconi, Lilia, trad.
CDD 301

Distribución América Latina

Armado de tapa: Juan Pablo Fernández
Imagen de tapa: Vista de escalera caracol en Westbad (Múnich), Alexander Klier

Título original: *The Killing Fields of Inequality*

© 2013, Polity Press

Este libro se publica por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge

D.R. © 2015, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco 227; 14738 México, D.F.
Empresa certificada ISO 9001:2008
www.fondodeculturaeconomica.com

D.R. © 2015, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

ISBN: 978-987-719-067-0

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

<i>Introducción</i>	9
<i>I. Los campos</i>	13
1. Humana, cruel y breve: la vida bajo la desigualdad	15
2. Tras las puertas de la exclusión	27
<i>II. Teoría</i>	41
3. Entrecruces teóricos	43
4. Tres tipos de (des)igualdad y su producción	53
<i>III. Historia</i>	71
5. La desigualdad y el surgimiento de la modernidad	73
6. Recorrido histórico con seis destinos: las tres desigualdades en la historia global y nacional	81
<i>IV. El mundo desigual de hoy</i>	101
7. Patrones mundiales de la actualidad y dinámica de las desigualdades	103
8. Los tres enigmas de las desigualdades contemporáneas	131
<i>V. Futuros posibles</i>	147
9. Superar la desigualdad: ayer y mañana	149
10. Las batallas decisivas de la futura (des)igualdad	161
<i>Bibliografía</i>	179
<i>Lista de siglas</i>	197
<i>Índice de nombres y conceptos</i>	199

1. Humana, cruel y breve: la vida bajo la desigualdad

LAS BREVES VIDAS DE LOS DESIGUALADOS

La desigualdad mata. Entre 1990 y 2008, la esperanza de vida de los hombres estadounidenses blancos sin título universitario se redujo en tres años, mientras a las mujeres blancas con bajo nivel educativo se les acortaba la vida en más de cinco años (Olshansky *et al.*, 2012: figura 2). Solo el sida en el África Meridional y la restauración del capitalismo en Rusia han causado un impacto más letal que la polarización social estadounidense durante los años de auge de Clinton y Bush. La vida de los afroamericanos es más breve que la de los estadounidenses blancos; sin embargo, esta brecha en realidad se ha angostado durante las últimas dos décadas (después de haberse ensanchado a principios del siglo xx), entre 1990 y 2009 (*National Vital Statistics Reports*, vol. 60, núm. 3, 2011: cuadro 8). Tomadas en conjunto, las desigualdades de raza y nivel educativo —negros que cursaron estudios durante menos de doce años en contraposición a blancos que cursaron estudios durante más de dieciséis— acortaban la vida de los desaventajados en doce años en 2008 (Olshansky *et al.*, 2012: 1805). Esta brecha es igual a la diferencia nacional entre Estados Unidos y Bolivia (UNICEF, 2012: cuadro 1).

El retorno del capitalismo a la ex-Unión Soviética implicó una drástica desigualación y un empobrecimiento masivo. El coeficiente de Gini¹

¹ Este índice, que lleva el nombre de un estadístico italiano de principios del siglo xx, es la medición más utilizada para calcular la desigualdad del ingreso. Va desde 0, que repre-

—que mide la desigualdad del ingreso— trepó en Rusia desde 27 en 1990 hasta 46 en 1993, mientras que en Ucrania pasó de 25 en 1992 a 41 en 1996, para continuar aumentando después hasta llegar a 52 y 46 respectivamente en 2001 (UNICEF, 2004: 117 y 123). Hacia 1995, los procesos de restauración habían generado 2,6 millones de muertes adicionales solamente en Rusia y Ucrania (Cornia y Paniccià, 2000: 5). Durante la década de 1990 y considerando la totalidad de la ex-Unión Soviética, la cantidad de víctimas fatales que se cobró este proceso ascendió a cuatro millones, de acuerdo con el epidemiólogo británico sir Michael Marmot (2004: 196; véase Stuckler *et al.*, 2009).

Después de una recuperación durante los años cincuenta y principios de los sesenta, la situación de la salud se había estancado en la Unión Soviética y Europa Oriental, y hasta había empeorado en países como Rusia. Pero la restauración del capitalismo produjo un súbito salto en la mortalidad, con un incremento del 49% en la tasa de mortalidad estandarizada de los hombres rusos (de 16 años para arriba) entre 1988-1989 y 1993-1994, y uno del 24% entre las mujeres durante el mismo período (Shkolnikov y Cornia, 2000: 267).

La estimación de Marmot, según la cual hubo cuatro millones de muertes excedentes durante la década de 1990, es considerablemente más baja que los efectos letales de la colectivización estalinista en la década de 1930, cuya mejor estimación para el período de 1927 a 1936 es al parecer de circa nueve millones (Livi-Bacci, 1993: 751 y ss.; 2000: 50), con un impacto particularmente devastador en Kazajistán y Ucrania (Ó Gráda, 2009: 237). Sin embargo, en lo que concierne a Rusia, la tragedia de los años treinta con la colectivización y la de los años noventa con la privatización no son incomparables. Desde 1930-1931 hasta 1933, la tasa (bruta) de mortalidad rusa se elevó en el 49,5% (Livi-Bacci, 1993: 757), es decir, alcanzó casi exactamente el mismo incremento que experimentaría sesenta años después. Cabría argumentar que las muertes excedentes de Rusia y Ucrania en la década de 1990, producto del desempleo masivo, el empobrecimiento en gran escala y el deterioro generalizado,

senta la igualdad total, hasta 1 (o hasta 100 en la forma multiplicada), cuando una parte se queda con todo. En las sociedades contemporáneas ha oscilado entre 0,2 (o 20) en algunos países nórdicos y de Europa Oriental-Central durante los años ochenta y 0,75 (o 75) en algunas ciudades africanas, como Johannesburgo, alrededor del año 2000.

fueron menos brutales que las causadas por las requisiciones, la hambruna y las deportaciones de la colectivización estalinista. Sin embargo, la aceptación silenciosa de las nuevas muertes sistémicas por parte de los liberales y conservadores del mundo es más inconcebible en los mediáticos años noventa —la “era de la información”— que el ingenuo descreimiento de los comunistas y admiradores soviéticos durante los aislados años treinta.

Hacia 2009, la esperanza de vida en Rusia y Ucrania continuaba siendo menor a la de 1990 (OMS, 2012: parte III, cuadro 1). En Rusia se amplió la brecha educacional de longevidad y subieron las tasas de mortalidad en todos los grupos educacionales (Shkolnikov y Cornia, 2000: 267). Pero en la Estonia y la Lituania de los años noventa, el drástico incremento de las muertes de personas que a lo sumo tenían educación secundaria completa acompañó un descenso de la mortalidad entre quienes habían accedido a la educación superior (Leinsalu *et al.*, 2009).

El principal patrón europeo occidental de la desigualdad en las posibilidades vitales indica un estancamiento o un alargamiento lento de la vida entre los pobres y las personas con bajo nivel educativo, mientras que el horizonte vital del resto está extendiéndose. Esta parece ser la tendencia del último medio siglo o más (Valkonen, 1998); en el Reino Unido se observa más o menos desde la introducción del Servicio Nacional de Salud (sin insinuar una conexión causal) (Fitzpatrick y Chandola, 2000: cuadro 3.8). Después de alcanzar un pico a mediados de los años noventa, la brecha inglesa entre las clases ocupacionales I y V ha decrecido un poco, pero las diferencias de perspectivas vitales entre las distintas áreas territoriales continuaron creciendo y aumentó el coeficiente de desigualdad entre las edades de muerte (Sassi, 2009). Solo entre 2004-2006 y 2009-2010, la brecha de longevidad entre Glasgow y Kensington-Chelsea aumentó en más de un año (ONS, 2011). El patrón estadounidense es similar, pero incluye además una creciente brecha de mortalidad entre el cuartil más rico y el resto de la población, incluidos los cuartiles segundo y tercero (Evans *et al.*, 2012: 15).

También son bastante drásticos algunos cambios que se han observado recientemente en otras partes de Europa Occidental. En Finlandia, por ejemplo, la brecha en la esperanza de vida a la edad de 35 años entre el quinto (quintil) más rico y el más pobre de la población se ensanchó en cinco años para los hombres y en tres para las mujeres durante el

período comprendido entre 1998 y 2007. Hoy asciende a 12,5 años entre el quintil más alto y el más bajo de la población masculina y a 6,8 entre los respectivos quintiles femeninos (Tarkiainen *et al.*, 2011). Otro estudio finlandés realizado por el mismo grupo de investigadores halló que la tasa de mortalidad (estandarizada por edad) en las edades de 35 a 64 años se incrementó de manera contundente entre 2004 y 2007 en el quintil de mujeres más pobres, hasta quedar muy por encima del nivel que había alcanzado a fines de los años ochenta. Las muertes prematuras entre los desempleados y entre las personas que viven solas también aumentaron vertiginosamente entre 1988 y 2007, tanto entre los hombres como entre las mujeres (Tarkiainen *et al.*, 2012: cuadros 1 y 2).

En una serie de extensos estudios longitudinales se ha constatado que el desempleo produce muertes de más, aun cuando se controlan los resultados con referencia al uso de paliativos para el estrés, como el alcohol y el tabaco, así como al estado de salud previo al desempleo (por ejemplo, Bethune, 1997; Gerdtham y Johannesson, 2003; Moser *et al.*, 1994; Nylén *et al.*, 2001). Hasta las esposas de los hombres desempleados fueron empujadas a la tumba antes que otras mujeres casadas (Moser *et al.*, 1994). Una de las consecuencias más nefastas que ha causado la actual crisis financiera es la generación de desempleo masivo. La megalomanía de unos pocos cientos de banqueros temerariamente especuladores ha arrojado al desempleo a millones de trabajadores. Desde principios de 2008 hasta enero de 2013, los desempleados de la UE aumentaron en ocho millones hasta alcanzar los veintiséis millones, mientras la correspondiente cifra de Estados Unidos crecía en 4,6 millones hasta un total de trece millones. ¿Cuántos de esos desempleados morirán a una edad prematura? Aún no lo sabemos, pero es probable que se cuenten por decenas de miles. En el Tribunal Internacional de La Haya se condena a personas por “crímenes contra la humanidad” que han tenido menores dimensiones letales.

El nivel educativo es en cierto sentido el instrumento más nítido y comparable para medir la desigualdad social de muerte prematura entre los adultos. Si bien no explica por sí mismo la mortalidad —aunque sí indica efectos vitalicios de las experiencias infantiles y juveniles, tema que retomaremos más adelante—, es relativamente preciso e internacionalmente comparable, además de que pone en evidencia un factor importante: la configuración temprana de las chances vitales. El nivel educativo

es a menudo más potente que el ingreso o la riqueza. Por ejemplo, en Estados Unidos, un hombre blanco con estudios universitarios completos tiene a los 50 años de edad seis años más de vida por vivir que otro con estudios universitarios incompletos. La riqueza del quintil más alto brinda a sus integrantes un premio de cuatro años adicionales; el empleo de tiempo completo, 3,4 años más de vida que el desempleo; y el matrimonio otorga una ventaja de 2,5 años de vida (Pijoan-Mas y Ríos-Rull, 2012). Un reciente estudio europeo sobre mortalidad también llegó a la conclusión de que el nivel educativo (estratificado en tres etapas) arroja diferencias más grandes que la comparación entre ocupación manual y no manual. La salud autoevaluada, por otra parte, evidenció diferencias más contundentes según el ingreso, especialmente en Inglaterra y en Noruega (Mackenbach *et al.*, 2008: 2473, 2477).

¿En qué parte de Europa se registra la mayor desigualdad de vida y muerte? Un equipo de investigación holandés, de la Universidad Erasmus, brinda una respuesta con referencia a las tasas de mortalidad (estandarizadas) entre los 30 y 74 años durante la década de 1990. La respuesta es: Europa Oriental-Central (Rusia y Ucrania no estaban incluidas). En comparación con las personas que completaron su educación terciaria, las muertes antes de los 75 años calculadas anualmente cada cien mil habitantes entre quienes solo accedieron a la educación primaria fueron 2.580 más en Hungría, 2.539 más en Lituania, 2.349 más en Estonia, 2.192 más en Polonia y 2.130 más en la República Checa. En lo que se entiende convencionalmente por Europa Occidental, Finlandia exhibió la pendiente más pronunciada de desigualdad, con 1.255 muertes adicionales por año entre las personas con bajo nivel educativo; Francia tuvo 1.042; Suiza, 1.012, e Inglaterra *cum* Gales, 862. La menor desigualdad letal se encontró en Suecia —con 625 muertes excedentes— y en algunas zonas de España (desde 384 en el País Vasco hasta 662 en Barcelona), así como en la ciudad italiana de Turín (639). Los datos indicados más arriba son para la población masculina; las muertes de mujeres exhiben similares patrones sociales y nacionales, pero los diferenciales son menores, por debajo de la mitad del promedio masculino. En la rama femenina, las mujeres nórdicas son relativamente más desiguales que los hombres. Las mujeres suecas son más desiguales que las francesas y las suizas; las noruegas y las danesas son más desiguales incluso que el promedio europeo, mientras que las finlandesas, en contraste con sus compatriotas de

sexo masculino, se encuentran por debajo del promedio europeo registrado en el estudio (Mackenbach *et al.*, 2008: cuadro 2).

No solo la muerte les llega más temprano a los pobres y a los menos instruidos. Las dolencias crónicas comunes también empiezan con bastante anterioridad, si es que llegan. En una investigación estadounidense se constató que diversas enfermedades cardiovasculares, la diabetes y la enfermedad pulmonar crónica afectan a las personas con ocho años de educación formal entre cinco y quince años antes que a quienes cursaron al menos dieciséis años en instituciones educativas (Elo, 2009: 557 y ss.). Un estudio sobre las posibilidades de vivir desde los 25 a los 75 años de edad sin enfermedades de larga duración en Finlandia y en Noruega determinó que, además de enfrentar un mayor riesgo de muerte, los hombres de nivel educativo básico padecían enfermedades prolongadas durante siete a ocho años más (de los cincuenta años comprendidos entre esas edades) que sus compatriotas con estudios superiores. Las mujeres de bajo nivel educativo podían esperar al menos cinco años más de mala salud (Sihvonen, 1998: cuadro 3).

La desigualdad mundial ofrece perspectivas muy diferentes a los recién nacidos, no solo en cuanto a los caminos que pueden seguir durante la vida sino también en lo concerniente a la supervivencia. La mortalidad infantil (menores de 1 año) y la mortalidad de menores de 5 años están descendiendo en el marco de lo que tal vez pueda considerarse el mayor éxito del desarrollo en años recientes. No obstante, en 2010, aproximadamente un niño de cada nueve murió en África (promedio subsahariano) antes de los 5 años, y más de uno de cada seis en las zonas más desaventajadas del mundo, como Angola, Chad y el Congo. En las partes más seguras del mundo rico (países nórdicos, Japón, Singapur), este destino aguarda hoy en día a tres niños de cada mil. La ratio entre los mejores y los peores países del mundo en lo referente a la supervivencia de los niños hasta los 5 años de edad asciende actualmente a 60:1.

Huelga decir que dentro de cada país hay vastas diferencias entre las chances de supervivencia infantil, según cuál sea el nivel educativo de la madre, el ingreso parental o la región. En Brasil, durante la década de 1990, el hijo de una madre con doce años de estudios tenía una chance diez veces mayor de sobrevivir hasta su primer cumpleaños que el hijo de una madre analfabeta (Therborn, 2011: 150). En Nigeria, alrededor del año 2000, aproximadamente doscientos niños más de cada mil morían

antes de los 5 años en el quintil más pobre de la población en comparación con el quintil más rico. En varios otros países africanos, así como en Colombia y en la India, el diferencial alcanzaba unos cien de cada mil. El diferencial bangladesí y paquistaní de mortalidad antes de cumplir los 5 años ascendía aproximadamente a la mitad del indio (datos de 1996-2004, Houweling y Kunst, 2009: figura 1).

La brecha en la esperanza de vida entre el grupo de los países ricos y los países menos desarrollados era de 27 años en 2010; entre países individuales —Sierra Leona y Japón— llegó a los 46 años. Dentro del grupo de países ricos, cabe destacar que la esperanza de vida en Estados Unidos, de 78 años, se encuentra por debajo del nivel promedio de los países ricos, que llega a los 80, y es un año menor que la de Cuba (UNICEF, 2012: cuadro 1). La tasa de mortalidad infantil en Estados Unidos supera el promedio de la OCDE,² mientras que la tasa de Washington está nivelada con la de Rumania y es más alta que la de Rusia (CRS, 2012: figura 1; UNICEF, 2012: cuadro 1).

La fuerza letal de la desigualdad no solo golpea a los pobres y poco instruidos. También marca divisorias de aguas entre los ricos, los famosos y los más instruidos. El epidemiólogo británico Richard Wilkinson (1996, 2005) lanzó en los años noventa una provocativa hipótesis, según la cual la desigualdad (económica) surte efectos negativos también en la vida y la muerte de quienes no se encuentran en el fondo del pozo. La argumentación empírica de Wilkinson y sus seguidores suscitó feroces batallas metodológicas porque se basaba en gran medida en estudios zonales, desde países ricos hasta barrios estadounidenses. La controversia todavía no está saldada: las sendas causales permanecen excesivamente oscuras y lo que se juega desde el punto de vista ideológico es demasiado para permitirlo. Pero la hipótesis de Wilkinson sigue encontrando respaldo, y

² La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, con sede en París, nuclea a los países más desarrollados del mundo. Durante mucho tiempo estuvo integrada por Europa Occidental, Estados Unidos, Japón y Oceanía, pero recientemente se expandió para incluir también a Chile, México y algunos países de Europa Oriental, como Polonia y Hungría, además de Israel y Turquía. Es importante principalmente como generadora de datos y análisis socioeconómicos, así como por la difusión de ideas sobre distintos temas, desde la administración pública con orientación de mercado hasta el cuidado infantil y la organización del mercado laboral. En tiempos recientes ha dedicado esfuerzos significativos al análisis de la desigualdad económica y a la concientización sobre este problema.

en este sentido cabe mencionar en particular una investigación estadounidense en gran escala basada en datos individuales sobre privación relativa del ingreso —en comparación con otros habitantes del mismo estado, la misma edad, la misma raza e igual nivel educativo— y, por otra parte, la probabilidad individual de muerte y salud informada por los participantes. En dicho estudio, Eibner y Evans (2005) hallaron que la privación relativa reduce la salud e incrementa las posibilidades de muerte. (La privación relativa es una medida individual —A está en peores condiciones que B y C—, mientras que la desigualdad es una medida grupal que toma a A, B y C en conjunto: a mayor desigualdad, mayor privación relativa.)

Los actores y actrices que ganan un Oscar superan en más de tres años la longevidad de los nominados que no ganaron (Redelmeier y Singh, 2001). Y los científicos distinguidos con el Premio Nobel viven en promedio más años que sus colegas: así se ha constatado en un sofisticado estudio sobre los galardonados en Química y Física durante la primera mitad del siglo xx (Rablen y Oswald, 2008).

La evidencia empírica es indiscutible: la desigualdad mata. La desigualdad de estatus acorta la vida de los desiguales hasta en los parnasos del cine y la ciencia. Sin embargo, los mecanismos psicosomáticos que enlazan el estatus social con la salud y la longevidad todavía no han sido muy explorados ni comprendidos (véase Wolfe *et al.*, 2012).

VIDAS ATROFIADAS

El retraso en el crecimiento es en primer lugar un indicador de subalimentación infantil. Técnicamente, en las estadísticas internacionales, se refiere a niños con una estatura menor en más de dos desviaciones estándar con respecto a la altura media para su edad de acuerdo con las normas de la oms. Se trata de una condición con consecuencias vitalicias. Casi la mitad de los niños indios menores de 5 años la padecen, al igual que casi el 40% de los niños de África Subsahariana y de Indonesia. El retraso en el crecimiento también afecta aproximadamente a un tercio de los niños vietnamitas, un cuarto de los sudafricanos y un sexto de los mexicanos, pero solo a un décimo de los chinos y al 7% de los brasileños. El fenómeno está ausente en los países europeos poscomunistas, así como en el mundo rico (UNICEF, 2012: cuadro 2). Por lo que se sabe sobre el

desarrollo de los niños en los países ricos (por ejemplo, Milburn *et al.*, 2009: 28 y ss.) —es decir, sobre los efectos vitalicios, incluso transgeneracionales, de las privaciones infantiles—, esta malnutrición masiva causará a todas luces un impacto tremendo en el desarrollo humano del sur y el sudeste de Asia, así como en África. Pero al parecer, lo que se sabe es muy poco.

De más está decir que los niños con retraso en el crecimiento son un producto de la desigualdad, tanto intra-nacional como inter-nacional. En el sur y el sudeste de Asia, los niños que padecen esta condición representan casi el 60% del total en el quintil más pobre de la población, pero también alcanzan un pasmoso 40% en el quintil más rico (o mejor dicho, el menos pobre). En el África Subsahariana, la misma medición arroja entre cerca del 45% y el 28% de niños con retraso en el crecimiento. Un tercio de los niños latinoamericanos pertenecientes al 40% más pobre de la población padecieron retraso en el crecimiento en la década pasada (Houweling y Kunst, 2009: figura 4; los datos se refieren a 1990-2004).

En algunas partes de la India, la gente está encogiéndose —literalmente— en medio del bombo publicitario liberal sobre la nueva clase media y los sueños nacionalistas del “resplendor indio”. Desde mediados de los años ochenta hasta mediados de la década de 2000, la estatura promedio a la edad de 20 años disminuyó tanto entre los hombres como entre las mujeres en los estados de Delhi, Haryana y Panyab. En los grandes estados de Uttar Pradesh (166 millones de habitantes en 2001), Bihar (83 millones) y Madhya Pradesh (60 millones), solo las mujeres se achicaron, mientras que los hombres crecieron en altura. En los estados donde a lo largo de las últimas décadas crecieron tanto los hombres como las mujeres, los hombres siempre crecieron más: en Bengala Occidental y en Hichamal Pradesh, aproximadamente un centímetro por década (Deaton, 2008: cuadro 2). Conviene recordar que la estatura es un importante criterio indio de belleza. Sé de matrimonios concertados que no llegaron a buen puerto porque al novio (a su familia) le pareció que la novia era demasiado baja.

Al menos dentro de cierto margen de variación, la estatura es impulsada por los mismos procesos biológicos que rigen el crecimiento cerebral. Según estudios británicos y estadounidenses (Case y Paxson, 2008), los niños más altos obtienen mejores resultados que los más bajos en exámenes cognitivos desde la edad de 3 años. También hay una

correlación positiva entre la altura en la infancia y los ingresos en la edad adulta, aunque es probable que ello se deba en parte a la transmisión generacional de oportunidades económicas por clase social, de una persona de clase alta que recibió una buena alimentación al principio de su vida —tanto en el útero como en la niñez— a su descendencia.

Las vidas también se atrofian a causa de la malnutrición social. El sistema de castas, la misoginia y el racismo atrofian la vida de los “intocables” y las castas bajas, de las niñas y las mujeres, de los grupos étnicos estigmatizados.

La vida de los *dalit* ha experimentado una enorme mejora desde la independencia india. Pero apenas una generación atrás, si hubiéramos sido “intocables”, no habríamos podido utilizar la tienda, el templo o el pozo del pueblo. Y la exclusión económica continúa siendo una regla hoy en día (véanse Sharma, 1994; Thorat y Newman, 2010). Asimismo, si por entonces hubiéramos sido negros de Estados Unidos, no habríamos podido registrarnos en un hotel común ni comer en cualquier restaurante.

Si hoy fuéramos una niña rural del norte de la India o del Sáhel africano, aún no podríamos abrigar la esperanza de vivir un período de juventud, ya que deberíamos pasar de una infancia severamente patriarcal al matrimonio con un desconocido al menos diez años más viejo. Alrededor del año 2000, más de la mitad de las niñas surasiáticas de las zonas rurales fueron casadas por su familia antes de cumplir los 18 años; en el África Subsahariana rural, casi la mitad corrió esta suerte (UNICEF, 2006: 48). En muchos países africanos y algunos asiáticos, es el marido quien toma por su cuenta las decisiones sobre la salud de la esposa: así lo ha reportado el 73% de las mujeres nigerianas, el 48% de las bangladesíes y el 41% de las egipcias (UNICEF, 2007: 18).

Nuestra vida puede atrofiarse sistemáticamente por el solo hecho de pertenecer a la “raza” o la etnia incorrectas; ese era el caso de quienes no eran blancos en la Sudáfrica del *apartheid* y es la situación de quienes no son judíos en la Palestina actual, siempre sometidos a humillantes retenes, severas restricciones a los viajes y el constante riesgo de sufrir un encarcelamiento arbitrario o bombardeos terroristas.

Aun cuando no haya de por medio un sistema de castas, racismo o sexismo, cientos de millones ven sus vidas atrofiadas por la extrema pobreza y el desempleo crónico. Es la perspectiva de esta atrofia lo que impulsa a tantos a correr el riesgo de perder su única vida en el intento de

entrar ilegalmente a Estados Unidos, Europa, Australia o los enclaves ricos de Asia.

La vida de los niños también se atrofia en los países ricos, y no por subnutrición fisiológica sino por los efectos aún poco claros de la desigualdad parental. Las encuestas nacionales estadounidenses de la última década demuestran que, cuanto más bajo es el ingreso de los padres, peor es la salud de los hijos, ya se mida en chequeos médicos generales, limitaciones a la actividad, ausencias en la escuela por enfermedad, visitas a la guardia de emergencia o días de internación hospitalaria. Sin embargo, no se observó un gradiente de ingresos con respecto a heridas, intoxicación o asma. Los efectos de los ingresos parentales se han medido desde los 2 años del hijo, y se ha comprobado que los diferenciales aumentan con la edad (Evans *et al.*, 2012: 5 y ss.). Los efectos vitalicios de la desigualdad en la infancia temprana han salido a la luz en estudios británicos que siguieron la vida de cohortes nacidas en las décadas de 1930 y 1940, y detectaron impactos en los ingresos, en la salud somática y psíquica, así como en la esperanza de vida (*ibid.*: 26 y ss.).

En los obituarios dedicados a Margaret Thatcher en 2013, se omitió en general uno de sus logros más importantes: la triplicación de la pobreza infantil en el Reino Unido, que pasó del 7% en 1979 al 24% en 1992 (aquí el umbral de pobreza se sitúa en los hogares que no llegan a la mitad de la mediana de ingresos por hogar, una vez pagados los costos de la vivienda). Fue un logro perdurable: aunque declinó a partir del gobierno de Blair, la pobreza infantil del Reino Unido nunca ha vuelto a aproximarse a los valores previos a la elección de Thatcher. En 2010-2011 se situaba en el 17%, y su modesto descenso exhibe la proyección de revertirse a un incremento hasta 2020 (DWP, 2012: cuadro 4.1, tend.; Brewer *et al.*, 2011).

Un reciente obsequio funesto que nos han dejado los banqueros europeos y estadounidenses es el efecto del desempleo parental —causado por la explosión de las burbujas financieras— en la educación de los hijos. En un estudio suizo se halló una “fuerte correlación” entre el desempleo de los adultos y el fracaso de los niños en la escuela, más fuerte aún que la relación con los antecedentes inmigrantes.³

³ *Dagens Nyheter*, 26 de marzo de 2013, disponible en línea: <www.dn.se>. A menos que se aclare otra cosa, todos los sitios de Internet que se citan aquí fueron consultados por última vez el 26 de marzo de 2013.

Allá por la década de 1970, y hasta ya bien entrada la década de 1980 en algunos países, surgió un movimiento por la “humanización del trabajo” que incluía estudios de medicina social sobre el trabajo, el estrés y la salud. Uno de los hallazgos más significativos de estos estudios fue la importancia crucial de la exigencia y el control. La combinación de altas exigencias laborales —velocidad, precisión, atención constante o esfuerzos arduos— con un control escaso o nulo de la situación laboral propia auguraba un severo desgaste de la salud, tanto somática como psíquica (Karasek y Theorell, 1990). Y las recompensas bajas por grandes esfuerzos también encerraban el peligro de causar futuros daños graves a los afectados. La conclusión de este movimiento por la humanización fue un llamado a incrementar el control y la influencia de los trabajadores en el lugar de trabajo, ideas que hoy, bajo la égida de la “empleabilidad” y la “flexibilidad” laboral, han quedado tan distantes como el socialismo, excepto para la creativa industria de la tecnología informática.

En Rusia, la sensación mayoritaria de impotencia ante el proceso de cambio sistémico, sumada a la desaprobación del nuevo régimen económico que se instalaba durante la transición al capitalismo, parecen haber sido una de las causas del súbito aumento en la mortalidad y la mala salud autoevaluada de los habitantes durante los años noventa (Marmot y Bobak, 2000: 130, 139 y 140).

Estos factores estresantes de la exigencia y el control ejercidos desde arriba se institucionalizan en jerarquías. Ello explica los notables resultados de un extenso estudio longitudinal sobre todos los empleados de Whitehall —la sede del gobierno central de Gran Bretaña—, desde los porteros y recaderos hasta los más altos funcionarios ministeriales. La mortalidad antes de la edad de jubilación formaba la misma escalera que la burocracia, incluso después de que se hubiera tomado en cuenta el tabaquismo y otros factores de riesgo: los de abajo morían primero; los de arriba morían últimos (o bien, mejor dicho, tenían mayores probabilidades de sobrevivir hasta la vejez) (Marmot, 2004: cap. 2 y *passim*).

El retrato de la desigualdad acotado a una foto del uno por ciento más rico contra el resto del mundo se acerca más a la Disneylandia del Tío Rico Mc Pato que a las crudas realidades de la vida humana en el marco de las desigualdades contemporáneas.

2. Tras las puertas de la exclusión

AHORA QUE en la estela de la crisis financiera ha surgido una preocupación generalizada y salpicada de ocasionales escándalos por los exorbitantes salarios y bonificaciones de los ejecutivos, un igualitario serio e independiente debería tratar de dilucidar qué es exactamente lo que tienen de malo, si es que lo tienen, las enormes diferencias de ingresos y riquezas. ¿Acaso el ciudadano medio ha caído presa de la envidia (un sentimiento que suele percibirse más cercano al vicio que a la virtud)? ¿Y cómo se relaciona esta súbita indignación por los salarios ejecutivos con la ausencia de un clamor general contra las vastas sumas que se embolsan las celebridades del deporte y el entretenimiento, generalmente veneradas por los medios populares, en particular por las páginas deportivas?

El “sentido común” predominante no debería ser desechado a la manera en que suele hacerlo la típica arrogancia del privilegio. Sin tratar de leer la mente del ciudadano medio, advertimos una diferencia obvia entre las celebridades, por un lado, y los banqueros y ejecutivos, por el otro: las primeras le dan algo a su público. Las celebridades aparecen como inofensivas mariposas cuyo indulgente estilo de vida brinda un goce indirecto a sus admiradores. Pero los capitanes de las finanzas y el resto de la economía no nos entretienen: nos dominan.

Además, las mariposas-celebridades son más bien escasas. En Estados Unidos representan apenas el 3% de la milésima parte (0,1%) que se apropia de las mayores rentas. Los ejecutivos empresariales no financieros ascendían al 41% en 2004, mientras que los ejecutivos y gerentes financieros conformaban el 18% (Hacker y Pierson, 2010: 46).

La desigualdad siempre implica excluir a alguien de algo. Cuando no mata gente o atrofia la vida de las personas —literalmente—, la desigualdad significa exclusión: excluir a muchos de las posibilidades que ofrece el desarrollo humano. La exclusión tiene dos puertas principales en la sociedad humana. Una se cierra en la cara de los pobres, condición que toma diferentes formas —por ejemplo, no es igual en el Reino Unido que en la India— pero tiene un significado social universal: ser pobre significa que uno carece de los recursos necesarios para participar (plenamente) en la vida cotidiana que lleva la mayoría de sus conciudadanos.

La otra puerta de la exclusión se cierra entre la elite y el resto de la gente. En los regímenes capitalistas, es el 0,1%, el 1% o a lo sumo el 5% más rico el que deja afuera al resto. En las dictaduras basadas en el poder estatal, la “elite” puede ser un “círculo interno” minúsculo alrededor del dictador, o bien el escalafón superior de una organización jerárquica, como en los Estados regidos por un partido comunista. En ambos casos, esta segunda puerta crea una división entre los comandantes y los comandados, entre los que hacen las políticas y los que las reciben. Cuanto más ancha es la brecha entre el 1% y el 99%, más gruesa es la puerta de la exclusión, y más se distorsionan la cooperación y la interdependencia humanas en beneficio del primer grupo.

El problema cardinal de la desigualdad económica radica en sus efectos de división social, despilfarro económico y distorsión política en forma de dictocracia.* La desigualdad de recursos desgarrar a las sociedades y las convierte en lo que Benjamin Disraeli (como novelista más que como político) alguna vez llamó “las dos naciones”: los ricos y los pobres. De este modo, el espacio social para el desarrollo humano se escinde y se restringe, sobre todo a costa de los desaventajados, por supuesto, pero no solo de ellos. En segundo lugar, la desigualdad de propiedad o control de los recursos económicos, o bien de acceso a ellos, implica que el producto de una sociedad queda en manos de unos pocos privilegiados que pueden derrocharlo fácilmente. En tercer lugar, la desigualdad de recursos económicos y su utilización política han refutado los temores que sentían los liberales decimonónicos ante la democracia: el miedo de que el poder ciudadano usurpara la propiedad privada. Lejos de ello, son los grandes

* En inglés, *dictat-ship*. Al final del capítulo, el autor explica este neologismo y su diferencia con el término “dictadura” (en inglés, *dictatorship*). [N. de la T.]

propietarios quienes han podido dictar, la mayor parte del tiempo y en la mayoría de los países, lo que califican de “buena política económica”.

DIVISIÓN

La desigualdad de recursos abre un abismo entre las personas. En 2012, el libro *Coming Apart* [Desintegración], de Charles Murray, lanzó en Estados Unidos un dramático clamor acerca de esta situación: “Nuestra nación está descosiéndose, pero no por las costuras étnicas sino por las costuras de clase” (Murray, 2012: 269). Este *best seller*, extremadamente interesante y original, también es significativo porque agrega una nueva perspectiva sobre la desigualdad. Su autor, un intelectual conservador y académico independiente, no es precisamente conocido por su igualitarismo sino más bien todo lo contrario. En vena comunitaria, Murray se preocupa por la segregación y la grieta cultural que se abre en la sociedad estadounidense, en primer lugar entre la clase profesional y gerencial con estudios universitarios, por un lado, y la clase trabajadora que a lo sumo ha obtenido un diploma secundario, por el otro. Al demostrar cómo la brecha entre ambas clases se ha ensanchado y profundizado hasta el abismo desde principios de los años sesenta, Murray se enfoca en las clases blancas a fin de subrayar su análisis basado en el parámetro de la clase social. Sus principales campos empíricos son el matrimonio y la familia, el trabajo y la participación en la fuerza laboral, el delito, el compromiso cívico-social y la religión: todos los campos en los que ambas clases se han escindido hasta formar dos mundos aparte.

Lo que nos interesa en el contexto de este libro son las descripciones de Murray, relevantes, perspicaces y bien documentadas: no necesitamos preocuparnos por la flaqueza de sus explicaciones y soluciones. En calidad de moralista conservador, Murray tiende a sustituir la explicación social por la culpa moral, retratando este desarrollo de los acontecimientos como un efecto de la contracultura profana de los años sesenta, la degeneración moral de los pobres y el hecho de que la clase alta, esforzada y moral, no predique lo que practica. Tras lanzar la típica embestida de la derecha estadounidense contra los Estados de bienestar europeos, Murray deposita su esperanza en un nuevo “despertar” religioso. No obstante la estridencia ideológica de este autor, su gráfica descripción de un país

escindido por la clase social es la imagen actual más vívida disponible de los efectos divisorios que causa la desigualdad de recursos.

Otra manifestación contundente es la polarización de las ciudades que hizo eclosión en las últimas dos décadas del siglo pasado. Por un lado se observa el crecimiento vertiginoso de los barrios privados, que a veces llegan a formar ciudades enteras, como Alphaville en San Pablo o Nordelta en las afueras de Buenos Aires: las así llamadas “comunidades valladas” (véase Paquot, 2009). De comunidad suelen tener muy poco; más bien son recintos cerrados donde se aíslan los privilegiados dejando afuera a los plebeyos. El concepto se desarrolló en el oeste de Estados Unidos, pero la práctica ahora se ha extendido por fuera de las zonas aún relativamente igualitarias de Europa Central-Occidental y el nordeste de Asia. He constatado personalmente la masiva extensión de estas áreas urbanas cerradas en lugares como Manila, Bogotá, México, San Pablo y —desde los *années folles* de la década del noventa— la Buenos Aires neoliberal. El fenómeno equivale a una suerte de *apartheid* social.

Por el otro lado observamos la producción de lo que Loïc Wacquant (2008) denominó “marginalidad avanzada”: vertederos de “parias urbanos” que han sucedido y remplazado a los guetos negros estadounidenses y los barrios obreros europeos de mediados del siglo xx. A pesar de sus numerosas desventajas, aquellos guetos y barrios albergaban a trabajadores industriales con empleo —en los guetos estadounidenses solían incluir también a una clase media étnica— y tenían su propia cultura colectiva: en Estados Unidos, la multifacética cultura negra *soul*; en Europa, la rica cultura comunitaria del movimiento obrero. Un buen ejemplo de lo que señala Wacquant es el proceso que se puso en marcha en los suburbios obreros de Buenos Aires a lo largo de los años noventa y siguió durante el derrumbe del experimento neoliberal, entre 2001 y 2003.

Esta polarización extrema no es el único partido que se juega en las grandes ciudades. También hay intentos heroicos de revitalizar ciudades industriales en decadencia, e incluso en proceso de contracción; pero una y otra vez estos intentos terminan por producir poco más que nuevos enclaves de privilegio en medio de una continua disolución social, impulsada por la fuerza inexorablemente desigualitaria de distanciamiento y exclusión que ejerce el capitalismo financiero contemporáneo.

Pero eso no es todo: a medida que el mundo adquiere una mayoría urbana por primera vez en la historia, las ciudades devienen en concentraciones